HOMENAJE Á ZORRILLA.

EL ÚLTIMO TROVADOR

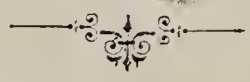
LOA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

P. A. Checa.



MANUEL QUEIRO

PRECIO: UNA PESETA

MADRID.—IMP. MINAS, 20.—1893.

Manuel Queiro Plaza

PERSONAJES

La Cava
Doña Inés Padilla
Doña Inés Mejía
Doña Inés de Vargas
Doña Aurora
Fátima
El Trovador

Don Rodrigo
D. Pedro de Castilla
Don Juan Tenorio Lucir
Don Diego Martínez
D. Gabriel Espinosa
Muley Abdul
El Angel

A ZORRILLA

MAESTRO:

Recibe este último tributo de admiración de tu discípulo

JUANITO

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÁS

N.º de la procedencia

722743

MANUEL QUEIRO

ACTO ÚNICO

Glorieta de un extenso jardín que se descubre á lo lejos muy débilmente iluminado, por entre cuyos bancos, estatuas, grutas y columnas se verán cruzar á su tiempo y de cuando en cuando sombras que desaparecen, grupos que se acuchillan, ó que figuran un rapto ó un entierro ó una serenata, mezclándose tales actos entre los murmullos de las oraciones, de las carcajadas, de las imprecaciones y del ruido de lejana tempestad ó de música dulcísima: de esto, naturalmente, se hace lo que se puede, y en paz. El autor lo pide, *por si acaso*.

ESCENA I

EL TROVADOR

Yo soy la inspiración: soy el secreto
que hallar no pueden las instables razas:
soy el eterno fuego que ilumina
el vuelo esplendoroso de las almas.
Oidme bien: mi voz es la poesía
que da su timbre á eóleas arpas;
mis ojos son la luz en los que bebe
sus crepúsculos nítidos el alba:
mi aliento es el aroma de las flores;
mi paso la sonrisa de las hadas,
y se mueven en torno de mi espíritu
esos mil astros que el espacio esmaltan.
Donde quiera me inclino, lo que toco

eterna vida entre los siglos halla:
es el tiempo mi esclavo, y soy el único
enemigo invencible de la parca!
Yo mando en lo creado: á mis acentos
ruedan á los abismos las montañas,
y el velo del misterio á mi presencia
como leve pavesa se desgarra!
Levanto del sepulcro á los duermen
el sueño de una noche sin mañana,
y les doy vida eterna al trasmitirles
el magnético son de mi palabra.
¡Seres que muerto habéis, á quienes amo,
ó que detesto con encono y rabia,
venid aquí en tropel! ¡obedecedme!
¡Saltad de vuestras tumbas cinerarias!
¡Venid ¡Compareced! ¡Así lo exijo!
Mi inexorable voluntad lo manda!
Moveros, confundiros, estrecharos
al escuchar mi evocación fantástica,
y aspirad presurosos los efluvios
que misteriosos de mi sér se exhalan.
Tendréis vida sin fin, en vuestras frentes
eterna brillará la inmensa llama
que dejo impresa donde miro y toco
como indeleble y humeante marca.
De vosotros me aparto: ¿á dónde el vuelo
saber queréis dirijo? A las comarcas
que aún envuelven las sombras; á los ríos
que arrastran sólo cenagosas aguas;
á iluminar el germen de los iris
y á columpiarme en las erguidas palmas;
de los volcanes á ensanchar el crater
¡¡y á hinchar del huracán la corva espalda!!

Voy á purificar, á dar mi esencia
á las flores, las hojas y las plantas;
á enseñar á las aves sus canciones
y su mágico imperio á las plegarias;
al amor sus tesoros infinitos,
á la virgen sus risas y sus lágrimas;
á la fe su energía inquebrantable
y su eterna paciencia á la esperanza.
¡Ahí os dejo! Si siento que las fuerzas
que dentro de este corazón estallan
se atenúan, mitigan y enflaquecen
y por fin me abandonan despiadadas,
antes de que mis ojos se cerrasen
y que espire mi voz en la garganta
á buscaros vendré, pues sois mis hijos
y os debo á todos mi postrer mirada.
Seres que acarició mi fantasía,
ahí os dejo. ¡Surgid tras de mi planta!
(Desaparece el trovador rápidamente por el fondo.)

ESCENA II.

En el jardín empiezan á moverse sombras infinitas y avanzan á la escena.

DON RODRIGO Y LA CAVA.

CAVA. Enlázame con tu brazo,
sostenme con tu mirada
y que tu sién abrasada
se apoye sobre mi sién.
El deleite nos arrastra

y á disfrutar nos provoca,
pues guardo para tu boca
los encantos del Edén.
No hay sultana en los jardines
que en hermosura me iguale,
ni flor alguna que exhale
esencias de más valor.
Soy la dicha, soy la gloria,
soy el suspiro, la vida,
soy la lámpara encendida
en los ojos del amor.
Soy el gorgeo del ave
que oye el alba con delicia;
yo soy la dulce caricia
que hace de gozo llorar.
Soy el rayo venturoso
con que el sol nos embriaga.....
¡¡yo soy esa eterna maga
que no sabe más que amar!!
Que te oculten mis cabellos
y vive solo conmigo;
porque todo, Don Rodrigo,
cuanto tengo es para tí.
Ven á mi gruta encantada,
sacude tu cautiverio,
porque no existe otro imperio
como el que hallarás en mí.
Te cantaré los amores
que entre mis labios palpitan
y bulliciosos se agitan
rasgando el cándido tul;
y en tus brazos sostenida,
y contemplándote ansiosa,

no habrá mujer más dichosa
bajo el firmamento azul.

D. Rod. Hurí que rompes mi pecho
y dentro del alma pisas,
yo beberé tus sonrisas
en tus labios de coral.
Llega á mis brazos, sultana,
con amor á recostarte,
que de ellos no ha de robarte
ni el tígre ni el chacal.
El ruido de las batallas,
el exterminio y la muerte
á este corazón tan fuerte
nunca le hicieron temer.
De mis entrañas de hierro
jamás se exhaló un quejido....
lo que nadie ha conseguido
tú lo recoges, mujer.

(Conforme habla D. Rodrigo. Se oye un lejano rumor que cada vez se va haciendo más perceptible de voces, choque de armas, ruido de campanas y golpes sordos que anuncian una inmensa multitud que avanza.)

Te oprimo, y al acercarme
el tallo de tantas flores,
surgen mágicos vapores
de la amorosa presión.
Y al aspirar las esencias
que á tu boca darme plugo,
siento que su ardiente jugo
me envenena el corazón.
Tú eres la vida, la gloria,
del amor el dulce grito;

eres el bien infinito,
eres el sol inmortal.
Y ante tus negras pestañas,
crespones de lumbre roja,
el Rey su corona arroja
y desgarra el manto real.
Mi imperio es tuyo, Sirena,
y siempre tu esclavo soy.....

(Voces dentro). «¡España! ¡España!»

D. Rod. (Desprendiéndose de los brazos de la Cava y con el ademán de la más suprema desesperación.)
¡Aquí estoy!

Cava. (Reteniéndole en sus brazos y forcejeando con él hasta que le quita el puñal.)
¡Mis besos no tienen fin!
¡Vuelve á mis brazos!

D. Rod. ¡Aparta!
¡¡tú eres el monte de lodo:
(Sale corriendo llevándose las manos á la cabeza: el vocerío es indescriptible).

Cava. (Avanzando al público y levantando en alto el puñal de D. Rodrigo.)
¡¡Aquí está el puñal del Godo!!
¡¡Entra en España, Muslín!!

ESCENA. III.

Avanzan, riquísimamente ataviadas, doña Inés Padilla, doña Inés Mejía y doña Inés de Vargas.

Padilla. Yo soy doña Inés Padilla.
Mejía. Yo Mejía, doña Inés.
Acuña. Esta Inés, de Vargas es.
Padilla. ¡Asombrosa maravilla!

el mismo nombre las tres.
¿Sabéis lo que es sujetar
y hacer verte dulce lloro
al enfurecido toro
que hace á los montes templar
con su bramido sonoro?
¿Vísteis jamás al que vierte
por donde pasa, la muerte,
si le mira doña Inés,
caer vencido á sus pies
quedando de amor inerte?
Y el huracán que preñado
de desgracias se divisa,
¿sabéis con una sonrisa
trocar en el perfumado
soplo de amor de la brisa?
Quien en sangre sus pies baña
y hace extremecer á España;
y de los golpes que ha dado
en sus manos ha quebrado
de la muerte la guadaña?
Quien no tiene compasión
y es solo, como el león,
y mira al mundo altanero,
y se oculta al mundo entero
dentro de su corazón?
Y la espada, que se escapa,
del cinto que en sangre empapa
esgrime altivo y risueño
contra el grande y el pequeño
contra su hermano y el Papa?
Esa hermosa maravilla,
es el rey que hay en Castilla;

ese es Don Pedro el Cruel,
¡¡y es ese el amante fiel
de doña Inés de Padilla!!

MEJÍA. Quien bajó hasta las cabañas
y subió hasta los palacios
é hizo á los ecos reácios
que con sus grandes azañas
inundaran los espacios;
Quien llegó al convento, lento,
de mi hermosura sediento,
y su cántiga de amor
robó la escondida flor
que crecía en el convento;
El que amante me arrulló
y mi corazón ganó
imprimiendo en él un sello
que aunque el del sol es muy bello
tan bello como ese, no;
Y mis lágrimas, al verlas,
dijo eran líquidas perlas,
para calmar mi amargura,
y tan grande su hermosura
que convidaba á beberlas;
Y guerra movió al honor,
y le engalanó el dolor
con su punzante corona,
pues su nombre aún se menciona
en el hogar con horror:
Muerta me dejó á sus pies,
y ese hombre mi amante es,
cuyo nombre os es notorio:
que ese hombre es D. Juan Tenorio
¡¡á quien salvó doña Inés!!

ACUÑA. A buen juez mejor testigo:
Diego á Flandes se partió,
y antes de irse quise yo
que se obligara conmigo
ante un Cristo, y lo juró.
Un día y otro pasaba
y el dolor me trastornaba;
pasaban noches muy grandes,
y no volvía de Flandes
quien en Flandes me olvidaba.
Volvió á Toledo el galán,
fuí á su encuentro con afán
y me escuchó con despecho
porque cruzaba su pecho
la banda del Capitán.
De hinojos ante él caí,
y á sus rodillas me así:
fué inútil aquél tormento,
que olvidó su juramento
como se olvidó de mí.
Hablé al Juez, caso no visto,
que referir no resisto:
aquél Juez decretó luego
que en la presencia de Diego
se hiciera jurar á Cristo.
Y cuando el Juez noble y duro
preguntó á Cristo, seguro,
si aquél Juramento oyó;
la mano desenclavó
y dijo Cristo: «*¡Sí juro!*»
Diego en un convento entró
y en otro me encerré yo
donde nuestro amor guardamos,

porque más nos adoramos
que cuando á Flandes partió.

PADILLA. ¡Amor, tus hermosos dones
que son de luz eslabones
entre nosotras veneras,
pues prendiste tus hogueras
en nuestros tres corazones!

MEJÍA. ¡Emanación inmortal,
maravilla sin igual
que los soles engendraron,
perdona á los que mancharon
tu sonrisa celestial!

ACUÑA. Yo ví la mano más rica
ante que todo claudica
caer por su propio peso,
yo ví esa mano, y por eso
¡Dios el amor santifica!

PADILLA. ¡Amor! Cuando ya el dolor
me quite vida y calor
(arrodillándose) «*¡amor!*» al morirme exclame.

MEJÍA íd. *Amor* ¡que siempre te llame!

ACUÑA íd. ¡Que Dios te bendiga, *amor*!

ESCENA IV.

Dichas, arrodilladas, D. Pedro el Cruel, D. Juan Tenorio y don Diego Martínez, entran cogidos por el brazo y levantan á cada una de sus amadas. (Todos ricamente vestidos.)

D. PEDRO. ¡Inés!

D. JUAN. ¡Inés!

D. DIEGO. ¡Inés mia!

PADILLA. ¡Don Pedro!

MEJÍA. ¡Don Juan!

ACUÑA. ¡Don Diego!

D. PEDRO. ¡¿Tú por tierra!? ¡¡Sangre y fuego
beberá la raza mía!!
¡Tú! milagro sin segundo
¡gloria de mi corazón!
¡Inés! la sola creación
que no detesto en el mundo,
no debes estar así;
si á D. Pedro maravillas,
los ángeles de rodillas
deben postrarse ante tí!
Para quien es mi consuelo
y á quien respeta mi encono,
no tiene la tierra trono
ni bastante luz el cielo.
Aquí, dentro de esta fiera
su boca abría una herida,
por la que se iba la vida
de la humanidad entera.
De indignación mónstruo hecho
y con el alma espantada,
ví á mi madre deshonrada
y profanado mi lecho;
y sin ser en obrar tardos
sin valor y sin conciencia
salteadores de mi herencia
á mis hermanos bastardos,
que en altos puestos estaban
y por mí se enriquecían
y mi cetro deshacían
y mi corona tronchaban.
Jamás exhaló el león
en su reino despoblado
rugido tan prolongado

como el de este corazón.
Con él, herí á las naciones
é hice extremecer al mundo,
con él, arranqué iracundo
millares de corazones;
y matando sin compás
mis víctimas no contaba,
y más descubrir ansiaba
para cebarme aún en más!
Cendales rojos mis ojos
con sus mallas oprimían,
y á través de ellos veían
todos los colores rojos.
Era mi asilo el dolor
y la muerte mi elemento,
y sangre había en el viento
en las plantas y en la flor.
Nunca esto llegue á olvidar
quien me quiera maldecir:
¡yo no sabía reir!
¡yo no podía llorar!
Te vió, Inés, mi mente loca,
y se escaparon tranquilas
lágrimas de mis pupilas
y sonrisas de mi boca.
Tu amor obtuve, y en pos,
escúchalo aunque te asombres;
por él perdoné á los hombres,
y por él adoro á Dios!
Heme á tus pies, ¡maravilla!
que así me debe mirar
la que logró encadenar
¡¡á Don Pedro de Castilla!!

M Q

D. JUAN. Yo los maté en buena lid
aunque en luchar eran duchos:
pero eran los muertos muchos,
y yo era un solo adalid.
Las tumbas abandonaron
en que les lanzó mi espada,
y en turba desenfrenada
vengativos me cercaron.
Sin miedo á su rigidez
les ví con ojos altivos;
y á aquellos que vencí vivos
reté muertos otra vez.
Con todos á la vez cierro,
más mis fuerzas no bastaban,
pues mis huesos aplastaban
entre sus dedos de hierro.
Si espadas de acero hubieran
los duendes del purgatorio
jamás á Don Juan Tenorio
ánimas ó no, vencieran.
Otras armas manejaron:
armas que nunca ví yo;
no les tuve miedo, ¡no!
pero mi cuerpo mataron.
Con mis miembros, frios, yertos
iban á hacer el festín;
que era Don Juan el botín
de aquella legión de muertos.
De los cielos descendida,
tú mi redención lograste:
mi frente helada besaste
y me diste eterna vida.
Tus brazos me recogieron,

y al sentirme por tí asir
me pareció descubrir
que los Cielos sonrieron.
Y volábamos, gozosos,
seguidos por los amores,
que iban envolviendo en flores
nuestros cuerpos luminosos.
Tu cabellera flotó
y fué del éter alfombra...
de entonces, huyó la sombra
y el arco iris nació.
Sonreiste, y tu sonrisa
dió á la paloma su arrullo...
desde entonces el capullo
se abre al beso de la brisa.
Cantaste, y los ruiseñores
en tu recuerdo se emplean...
y desde entonces gorgean
en las ramas sus amores.
Y presos de inmenso afán
vivimos siglos después:
yo... mirando á Doña Inés:
y tu... mirando á Don Juan.
Te veo en este momento...
y ante gozo tan profundo
quiero robarte del mundo
cual te robé del convento.
Muerte que me heriste un día,
¡atrás! mi triunfo es notorio,
¡¡que aquí va Don Juan Tenorio
con doña Inés de Mejía!! (La coje en sus brazos y se la lleva al Jardín.)

(Siendo este trabajo poético de índole esencialmento fantástica, en todo lo que va de la presente escena se ha ido ésta poblando poco á poco, como lo hará gradualmente en las sucesivas hasta estar completamente llena de odaliscas, de ricas hembras, de dueñas, sílfides, monjas, judíos, moros, caballeros con armaduras, pajes, frailes, esqueletos, de manera que los que hablan lo hagan y se muevan como si no se vieran los unos á los otros. De este modo se verá circular entre esta masa informe á D. Pedro de Castilla con doña Inés, pues después de haber salido de escena, entran y salen de ella, como hará D. Juan Tenorio y luego D. Diego Martínez, hasta la conclusión del acto.)

D. Diego. De tus pupilas la luz
y tu acento más que humano
hizo desclavar la mano
de Jesucristo en la Cruz.
Que este caso nunca visto
mitigue mis penas grandes...
si de tí me olvidé en Flandes,
no se olvidó de tí Cristo.
Mis mejillas azotó
y escuché su voz severa:
¡¡quién referirte pudiera
lo que entónces sufrí yo!!
Tremendo ha sido el castigo,
que en el sol que te envolvía
yo ví á un angel que tenía
á todo un Dios por testigo.
Y la mujer prodigiosa
que en todo tu ser germina,
tras la palabra divina
la ví transformarse en Diosa.
No podía contemplarte
pues temía fenecer:
Si yo te adoré en mujer,
¿cómo en Diosa no adorarte?

Flandes mi fama pregona
allá torno y con afán:
la banda del Capitán
ataré á inmortal corona.
Y si de Flandes esperas
que tu amante sea devuelto,
traerá su botín envuelto
en enemigas banderas.
Lo extenderé ante los pies
del Cristo como expiación,
y ante él pediré perdón
á la hermosa Doña Inés.
Le exigiré ser testigo
que te doy aquel tesoro:
que con el alma te adoro,
y que jure lo que digo.
Y si no me da razón
con su mano desclavada,
¡¡colgaré en ella mi espada
y en la Cruz mi corazón!!
(Desenvaina la espada y desaparece arrastrando por la cintura á doña Inés.)

ESCENA V

MULEY ABDUL Y FÁTIMA

(*Oriental.*)

MULEY. Perla de amores sedienta
oye atenta
al moro Muley Abdul,
y verás los resplandores

que entre flores
vierte el firmamento azul.

—

Tú eres Fátima la bella,
tú la estrella
descendida del Edén;
en tí alienta el ser hermoso
misterioso
que da aromas al harén.

—

Tus ojos quitan la vida
que enseguida
tu sonrisa encenderá;
y tus ojos de esta suerte
dan la muerte...
¡y vida tu boca da!

—

Como van las mariposas
de las rosas
libando el dulce licor,
te miro así, acariciarlas
sin ajarlas
saltando de flor en flor.

—

De tu guzla á los sonidos
los latidos
se oyen de mi pecho fiel,
y siempre rondo, sultana
tu ventana
con mi gumía y mi corcel.

—

¡Ven! y lanzados al viento,
tu contento

límites jamás tendrá;
pues mi potro al sostenerte
sin moverte
los cielos escalará.

—

Soberana muy hermosa,
poderosa
has de ser de las hurís,
y te ceñirán guirnaldas
de esmeraldas
de diamantes y rubís.

—

Ven, Fátima, Abdul el moro
tu tesoro
sumiso respetará...
tu brazalete y tu velo
con anhelo
sólo pide... ¡¡y morirá!!

—

FÁTIMA. Abdul, tu palabra mata,
pues retrata
tu inextinguible pasión;
y es tu cántiga vehemente
fuego ardiente
que me abrasa el corazón.

—

Suspirando hora tras hora
¡pobre mora!
escondida en el harén,
va la vida, con enojos,
sus abrojos
mostrándome con desdén.

—

Más que la música bella
que descuella
de mi guzla en el sonar,
hay en tu acento sonoro
un tesoro,
en el que he aprendido á amar.

—

Escuchándote me encanto,
que entre llanto
descubro otro sér en mí:
adorne mi velo amante
tu turbante...
¡¡y Fátima, para tí!! (Cae desfallecida en sus brazos, y él la arrastra al fondo.)

ESCENA VI.

DON GABRIEL ESPINOSA.—AURORA.

AURORA. Misterio hermoso, profundo,
para todos escondido,
ven, y murmura en mi oido
lo que ignora todo el mundo.
Es tu genio sin segundo
y tu valor sin rival,
en nada tienes igual,
por lo tanto es bien certero
que no eres el pastelero
del pueblo del Madrigal.
Señor, si la fe admites,
si tu corazón de roca

cree es cierto aquello que toca
y acepta aquello que ve,
benévolo escúchame
cuanto yo te diga aquí:
no desconfies de mí,
mi palabra puedes creer,
porque ésta pobre mujer
se está muriendo por tí.
¿Qué me importa á mí tu nombre
ni dónde lo has adquirido?
¿que seas Rey ó bandido?
¿que seas demonio ú hombre?
Aunque á los hombres asombre
y alcance su maldición,
con razón ó sin razón
cuanto es tuyo es mi tesoro,
que admiro guardo y devoro
dentro de mi corazón.
Ni se puede adorar más
ni se adoró nunca tanto
ni existió jamás encanto
como el que á beber me dás:
si seguro de ello estás
y á piedad llego á moverte
díme tu origen, de suerte
que no me lo digas, no
para que lo sepa yo,
sino para defenderte.

D. GABR. Niña á quien hago sufrir
y mis desvelos concilia:
angel que me reconcilia
con la pena de vivir.
En mí quieres descubrir

un héroe que te enloquece
que en tu mente surge y crece
arrebatándote el sueño,
y el secreto es tan pequeño
que tu atención no merece.
¿Quién somos? ¿y quién lo sabe?
¿Cuál nuestro nombre? Cualquiera:
pasamos por esta esfera
como el pez ó como el ave.
Quien de ser algo se alabe,
montón de escombros alaba,
cuyo polvo nunca acaba;
y al concluirse la vida
queda al fin de la partida...
lo mismo que antes estaba.
Mejor es dormir, ¡seguro!
porque el que vive despierto
si reflexiona, te advierto
que vive triste, inseguro.
Prevee el desenlace duro:
desea evitarlo altivo,
y con afán excesivo
vencer á la muerte quiere...
sin que el hombre considere
que está muerto estando vivo!
Durmamos, pues, y soñemos
porque es el mejor vivir:
y procuremos reir
mientras por aquí pasemos:
así dichosos seremos
siguiendo la humana grey. (Reparando en Aurora que está anegada en llanto.)
Te hago llorar, ¡es mi ley!

¡ven al alma! alma que llora...
que tu mereces Aurora
que sea tu esclavo... ¡el Rey!

ESCENA VII.

La escena está llena de los personajes antes mencionados. Se oye á lo lejos una música dulcísima. Todos los rumores callan, se ve avanzar un angel; los asistentes abren calle y el Angel queda en el centro de la escena.

ANGEL. Oid como avanza, ¡oid!
ese que llega afanoso
es el genio que glorioso
os lanzó en eterna lid.
Ese os enseñó á expresar
vuestros nobles sentimientos...
á las aves sus acentos,
y su inmensidad al mar.
A la flor dió su color,
á la virgen dió su esencia,
su candor á la inocencia
y su ternura al amor.
Ese es nuestro hijo más fiel,
nació oyendo nuestro arrullo...
y por eso con orgullo
nos contemplamos en él.
Viene á veros: ¡avanzad!
¡Cuan hermoso lo contemplo!
¡aproximarse á su templo!
¡ahí está el genio! ¡¡Mirad!!

ESCENA VIII.

Los jardines se iluminan con luz vivísima. En el centro aparece el Trovador sostenido del brazo de la Gloria y seguido de un ejército de trovadores llevando cada uno una corona. Sus cabellos han emblanquecido completamente: avanza á la escena precedido de la Gloria y todos se descubren. Dirije una mirada cariñosa á todos los personajes, y cuando empieza á hablar, la Gloria se coloca á su derecha y el Angel á su izquierda.

TROV. (Su acento es lento y fatigoso y cada vez se hace más difícil hasta que muere.)

¡A todos os conozco! ¡Sois mis hijos!
os ofrecí volver, y á vuestro lado
retorna, tras de afanes tan prolijos
el pobre trovador: ¡cuánto he cantado
siempre en vosotros con los ojos fijos!
Al son de los murmullos que brotaban,
y de mi pecho en éxtasis salían,
millones de suspiros se exhalaban...
millones de sonrisas se entreabrían...
y millones de lágrimas flotaban!
Los pueblos, las naciones, á mi paso
salieron en tropel... y me ofrecieron
el tributo magnífico y no escaso
de sus aplausos, que á mis pies tendieron

desde mi oriente hasta mi triste ocaso!
¿Quién era yo? ¡la nota que se pierde!
¡rayo fugaz que los espacios cruza!
¡el hálito de amor que el alma muerde!
¡vano fantasma que el temor aguza!
¡ó el estallido que el festín recuerde!
¡Era sombra y no más! extremecido
escuché de ese ruido el eco puro...
y, temiendo que al fin fuese perdido,
con notas firmes y ademán seguro
¡¡en bronces esculpí todo ese ruido!!
Tal es la poesía; sus arcanos
son inmensos, sus fallos soberanos;
su influjo es tal, que al universo admira,
y tal es el poder de aquella lira
que os traigo hoy rota en mis cansadas manos.
Ahí os dejo: más ya no os abandono:
hoy canta el cisne por la vez postrera,
y viene sin orgullo y sin encono
á acostarse en el centro de su hoguera,
y á dormirse en el centro de su trono.

(Desde este momento el Trovador no puede sostenerse apenas y la Gloria que está detrás de él le sujeta entre sus brazos.)

¡Vivid por mí! haced que las edades
escuchen vuestras cántigas de amores,
y entre nubes de fúlgidos colores
contemplen con placer vuestras beldades
y enlacen vuestra sien con níveas flores.
¡Cuánto sufro! ¡El placer es transitorio!
¡Ténme, Gabriel!

(El Trovador cae en los brazos de la Gloria.—D. Gabriel

Espinosa se adelanta para sostenerle.—D. Juan Tenorio desenvaina la espada y salta al centro del escenario.)

D. JUAN ¡Empeño es ilusorio!
¡Espinosa, alto ahí! ¡Nadie se mueva!
que esta montaña que hasta Dios se eleva...
¡¡sólo puede abarcar DON JUAN TENORIO!!

(Pasa su brazo izquierdo por el cuerpo del Trovador, que muere en sus brazos.—La Gloria se retira detras: todos se arrodillan y los trovadores arrojan á sus pies las coronas. —Música pianísima y cae el telón.)

FIN

M Q

M Q